

Profesores de energía

Ruedan por esos mundos tantos lugares comunes pseudo científicos (los cuales, en la imposibilidad de analizarlo todo, aceptamos, ó por lo menos toleramos, dándoles así fuerza), que bien puede sospecharse la existencia de esa cualidad en la resobada afirmación de que, si hoy hablamos tan á menudo de la voluntad y de la energía y nos preocupamos de su conseguimiento, es porque andamos escasos de la una y de la otra. Pedir *profesores de energía*, como muy á menudo se piden, es confesar la falta de ella. Los siglos enérgicos no han solicitado cátedras semejantes.

Todo eso lo habréis oído repetir cien veces. Pues bien; es posible que no sea verdad. Notad que el pueblo en que ha florecido uno de los más brillantes profesores de esa asignatura moderna, Rudyard Kipling, es el pueblo inglés; es decir, uno de los que más señaladamente muestran en su vida aquella cualidad. De nuestro tiempo son el pueblo yanqui, el pueblo japonés, el mismo pueblo alemán y aun parte del ruso, que deben á la energía su grandeza, ó la aurora de su regeneración. No creo, pues, que *el siglo*, como época histórica, carezca de energía. Me diréis que si la tienen y la demuestran esos pueblos citados (y quizá también otros), hay muchos que padecen de su falta. Es verdad, y en seguida hablaré de algunos de ellos. Pero su existencia no es razón en pro de la tesis de cuya exactitud me permito dudar, porque no es precisamente en ellos donde

más se cultiva la literatura en cuestión, sino en otros donde no fundamenta el cultivo de ella la necesidad de promover el despertamiento del empuje voluntario.

Antes he dado un ejemplo: el de Inglaterra. Ahora daré otro: el de los Estados Unidos, en cuya literatura escolar y popular abundan las colecciones de biografías de *hombres enérgicos*, de héroes del *self-help*, que á fuerza de *energía* han subido desde las más bajas esferas sociales á los primeros puestos de la esfera económica, ó sea, como algunos dicen, de la *vida práctica*.

No. Decididamente, si hoy se habla tanto de *energía*, no es porque la Humanidad la haya perdido, sino porque el carácter analítico de nuestra inteligencia nos lleva á profundizar en cosas que antes no solicitaban la investigación, á meternos en sondeos psicológicos que muchas veces son promotores de enfermedades imaginarias. Los siglos que llamamos *de hierro*, los que profesaron la religión del esfuerzo físico y de la tenacidad indomable (á lo menos, así nos lo figuramos hoy), si no hablaron y escribieron de lo que practicaban, fué porque su mentalidad carecía de la excitación del análisis que á nosotros nos caracteriza.

Pero todo esto aparte, es indiscutible que en algunos pueblos hay decadencia de *energía*, hay abulia ó carencia de temple para la acción, para el sufrimiento activo, para el dominio de sí propio (lo que los franceses llaman *se maîtriser*), de que tan altos ejemplos da la psicología de los japoneses. Para ser completamente exactos, mejor diríamos que lo que falta en esos pueblos es la manifestación de la energía en ciertas formas tradicionalmente estimadas como superiores, como constructivas en la vida de las nacionalidades dominantes. Así, España, colectivamente inferior en este respecto á Inglaterra y á los Estados Unidos, verbi gracia, pero cuyos hombres, en la lucha económica por la vida, cuando la realizan en medios adecuados—por ejemplo, América—no desmerecen en condiciones á los de cualquiera otra *raza*. El hecho ha sido observado y acusado diferentes veces y no hay para qué insistir en él.

Ahora bien; entre las formas de energía que han desaparecido casi completamente de entre nosotros, hay una cuya desaparición ofrece para mí uno de los problemas más interesantes—y más curiosos—de nuestra psicología nacional. España, que en los siglos XVI y XVII fué tan pródiga en viajeros, en exploradores de regiones desconocidas, en *conquistadores* de alma templada, á prueba de sufrimientos, cesó de repente en esa producción humana, y desde el XVIII acá apenas si ha dado algunos nombres á la historia de los descubrimientos geográficos, de las empresas arriesgadas, de los viajes que indican vigor de espíritu, resistencia á las privaciones, sacrificio de la tranquilidad personal á intereses ó ideales más altos ó más generales. ¿Por qué esto? ¿Cómo se ha producido ese cambio brusco en el alma de un pueblo cuyas individualidades ofrecen, sin embargo, tantas muestras de heroísmo en los trances apurados, en los choques violentos de la vida? No lo sabemos; pero su investigación merece preocupar á los hombres de ciencia y á los directores de la masa, que no pueden dirigir bien sin conocer profundamente, en todas sus sinuosidades y evoluciones, la psiquis del sujeto que manejan ó pretenden manejar.

La explicación del fenómeno no será, sin embargo, más que una explicación, impotente por sí misma (como todas) para hacer que desaparezca aquél, aunque puede sugerir procedimientos para el remedio. Aun sin haber hallado la explicación, la busca del remedio se impone; y puesto que tras de él van todos los que se precian de ser educadores nuestros y piden á cada paso para la gente española de hoy *profesores de energía*, bueno será que—sin quitar todo el valor que tiene el ejemplo extranjero—se fijen algo en el nacional que presenta la historia.

Y en el orden de los medios educativos literarios—que tanta influencia han ejercido en muchas personalidades salientes de todos los pueblos—, ¿dónde lo habrá mejor que la lectura de los diarios, memorias y relaciones de nuestros grandes viajeros y descubridores de los siglos XVI y XVII?

Literatura es esta que tenemos aquí completamente olvidada. Saben de ella los eruditos; pero el gran público la desconoce. Procuramos á nuestra infancia el relato de las grandes heroicidades que llamamos patrióticas, ó sea las guerreras, y á cada paso le hablamos de Numancia, de Sagunto, de Zaragoza, de Gerona, etc., etc.; pero nada le decimos de Valdivia, de Fernando de Soto, de Legazpi, de Urdaneta, de Elcano, de Mendaña, de Gómez, de Quirós, de Solís, de Loaysa, de Rodríguez Cabrillo, de País, de Alonso Camargo, del capitán Ochagaray, de los legos franciscanos que exploraron el Marañón y de tantos otros atrevidos sufridos, incansables navegantes y andarines que, á costa de su vida muchas veces, echaron los cimientos de la Geografía y la de Historia Natural del Nuevo Mundo y parte de Africa y de Asia.

Aun en el terreno erudito, justo es decir que más se preocupan los ingleses (y los norteamericanos) que nosotros (1) de la reimpresión de las narraciones que dejaron escritas nuestros antiguos viajeros, ó de dar á luz las que permanecen inéditas. Apenas hay año en que la bibliografía de las revistas especiales de aquellos países no mencione una nueva edición ó traducción de obras de aquél género (á veces, reeditando las coleccionadas por Hackluyt en el siglo XVI), ó la publicación de un texto hasta ahora manuscrito. Todavía en el siglo XVIII cultivábamos nosotros esa literatura; pero más bien traduciendo colecciones y libros extraños (verbigracia, la *Historia general de los viajes* vertida al castellano por don Miguel Terracina en 1763; el *Viaje del comandante Byron alrededor del mundo*, que en 1769 llegaba á su segunda edición, etc.), que preocupándonos de los nuestros. Hoy seguimos igual ruta, por lo común; de modo que nuestra masa culta conoce bien los nombres y los hechos de Cook, de Bougainville, de Stanley, de

(1) Excepción hecha de la empresa colosal de las *Relaciones geográficas* que acometió Jiménez de la Espada, y que según leo, va á reanudar ahora la Sociedad Geográfica de Madrid.

Livingstone, de Nordenskjöld, pero no sabe nada de los grandes viajeros españoles que, durante dos siglos, llenaron las páginas de la Geografía y de la Historia heroica.

¿Cómo llenar ese vacío? La cosa es fácil, y brindo la idea á nuestros editores que persiguen hoy, con laudable competencia, el libro barato y popular. En primer término, las obras á que aludo no pagan derechos de ninguna clase: son de dominio público y todos pueden reimprimirlas, lo cual aminora notablemente los gastos. Ilustrarlas no sería, en muchos casos, empresa imposible, ya que el fotograbado permite hoy reproducir, á muy poco precio, estampas antiguas que las ediciones primeras—y algunos manuscritos—suelen llevar; caso aparte de lo que allanan el camino las colecciones modernas, numerosas, de paisajes de las regiones que aquellos libros describen.

Sólo una prevención—importante, eso sí—habría que tener. Los textos no pueden ser impresos la mayoría de las veces tal como fueron escritos. Muy á menudo carecen de viveza, son pesados en la narración, abundan en digresiones, ó bien emplean giros de lenguaje que á la masa del público retraería de la lectura. Es preciso evitar ese escollo.

Las ediciones que yo preconizo ahora no pueden ser ediciones *eruditas*; han de ser ediciones *populares*, porque el efecto que se busca con ellas no es histórico ni filológico, sino educativo. Hay, pues, que aligerar los textos; que ponerlos (á veces, no siempre ni mucho menos) en castellano corriente; que condensar la materia dramática ó descriptiva cuando el autor es difuso y carece de arte. Y eso lo hace cualquiera que posea mediano gusto literario y alguna lectura de obras modernas de ese género.

Por otra parte, no sería preciso tomarse ese trabajo con todos los autores. Como se puede ver en la reciente colección de autobiografías y viajes publicada por el señor Serrano Sanz (1), á menudo nuestros aventureros eran lite-

(1) En la *Nueva Biblioteca de Autores españoles*.

ratos, porque el buen decir estaba entonces en el aire nacional y lo respiraban todos y en muchos prendía lozanamente. Para los más difíciles á una reducción literaria adecuada, podría seguir el sistema de darlos en resumen bien compuesto; y tal vez conviniese—tomando en conjunto la obra—empezar por ahí, por la historia abreviada de un grupo determinado de viajes, ó de todos los de importancia, animada con citas literales de los pasajes más salientes; una obra de divulgación análoga á la historia popular de los grandes viajes y viajeros que figura entre las escritas por Julio Verne.

Ese compendio podría ser libro de lectura en nuestras escuelas y en las americanas y contribuir grandemente á realzar el nombre español y á estrechar—en el culto común de los hombres arriesgados que ligaron con su esfuerzo la historia de España á la del Nuevo Mundo—la relación psicológica entre todos los países de habla castellana. Sería, además—y vuelvo á mi tema del comienzo—, una constante lección de voluntad para los escolares y para toda la masa culta, que habría de hallar, en aquellos heroicos descubridores—más heroicos que los modernos, porque lucharon con menos ventaja de su parte contra el medio natural y social que recorrieron—, numerosos *profesores de energía*, tan educadores y sugestivos como los personajes de Rudyard Kipling ó de cualquier otro autor de parecidas cualidades.

Una ponencia ⁽¹⁾

TEMA: *Medios creadores de una gran corriente de opinión que induzca á los Gobiernos de España, Portugal y pueblos iberoamericanos, á realizar íntima alianza que permita resolver las cuestiones que pueden suscitarse entre las indicadas naciones por Tribunales arbitrales.*

AL CONGRESO HISPANOAMERICANO:

En el tema 1.º de los propuestos al Congreso Hispanoamericano hay que distinguir, á mi juicio, dos cuestiones: la del Tribunal de arbitraje y la de intimidad de relaciones entre los pueblos aquí congregados.

La primera es quizá de aquellas para cuya resolución bastarían las gestiones oficiales sobre la base de la tendencia que existe ya en los Gobiernos á dar un carácter más fraternal á sus relaciones exteriores, con el único acicate de la minoría intelectual que en todos los países referidos tiene ya conciencia de la solidaridad iberoamericana, y aprueba y defiende los procedimientos pacíficos proclamados hoy por el Derecho internacional, los cuales, en más de un caso, han sido llevados á la práctica con éxito excelente. Es de tanta importancia, á mi ver, el establecimiento de Tribunales arbitrales, que optaría por no esperar para ello á la existencia de una opinión pública general en las

(1) Presentada al Congreso Hispanoamericano que en 1900 se celebró en Madrid.

distintas naciones: empresa de gran aliento y que no se cumple así como así tratándose de pueblos en que (digámoslo con franqueza, puesto que aquí no hemos de pagarnos de frases, sino de verdades) el cuerpo social está inerte ó poco menos, por causas sin duda temporales y pasajeras, pero que, hoy por hoy, lo hacen indiferente á muchas cosas grandes. El impulso en esto ha de venir de arriba, á mi parecer, y no sólo con excitaciones, sino con hechos.

Pero no cabe duda que, para hacer fructífera la iniciativa oficial, y para cumplir tantas otras cosas esenciales que el Congreso se propone, además de la ordenación en forma propiamente jurídica de las relaciones internacionales, hay que convertir, lo que hoy es patrimonio de una minoría exigua, en opinión de la masa activa de cada país. No bastan, en efecto, las manifestaciones de estimación que á menudo se cruzan entre unas y otras naciones y el reconocimiento por todas de muchos elementos comunes y de intereses solidarios que por natural inclinación las acercan. Es preciso todavía desvanecer muchos recelos, hacer que se conozcan bien unas á otras, que hagan cada vez más clara la conciencia de su innata solidaridad y adviertan la utilidad misma que para ellas hay en formar un núcleo fuertemente enlazado.

Con esto, los Tribunales arbitrales serán cosa viva y perdurable y se desarrollarán grandemente todos los órdenes de relación posibles, trasladando con relativa rapidez al campo de la legislación y de los compromisos oficiales las iniciativas privadas y los deseos de la opinión general política ó de otra clase.

En esta labor no hay duda que corresponde el primer papel á la prensa, por ser el órgano más poderoso de publicidad y el más utilizable tratándose de países no muy próximos geográficamente, ó con grandes dificultades de comunicación.

Pero también puede hacerse mucho utilizando esos otros grandes medios de formar la opinión pública de que nos dan admirable ejemplo las naciones anglosajonas, y que

aun en España han logrado éxitos muy lisonjeros: constitución de Ligas y Sociedades, celebración de mitins, etc.

En esfera menos aparatosa y pública, menos rápida también, pero más sólida—y sobre todo insustituible para cierto orden de relaciones—el mundo literario, el científico, el artístico, y singularmente los organismos de la enseñanza pública, pueden hacer mucho en formas que antes de ahora se han proclamado ya por representantes de los mismos países aquí reunidos.

Y todavía será preciso recordar, á los que viven la vida de la industria y del comercio, que ellos son un gran vehículo de relación entre los pueblos; y que, por las condiciones de la vida moderna, no sólo pueden ayudar á que se forme esa opinión que buscamos, quizá más que ningún otro elemento de los que arriba se mencionan, sino que su concurso es esencial, indispensable, porque toca á la base económica de la sociedad y se refiere á cosas de las que más solidaridad crean entre las gentes y más las incitan á unirse y estrecharse, ó más las apartan y enemistan.

Por todo lo dicho creo que, aun los que no piensen como yo en cuanto á la prioridad é independencia que en cierto modo tiene la aceptación del arbitraje como forma jurídica de solventar los conflictos entre los Estados, convendrán en que, de no poder anticiparse este hecho á la existencia de esa opinión pública que se pide, no cabría hallar mejores caminos para que se realizase que los señalados, ya que no hay factores más pacíficos y más radicalmente opuestos á la guerra—por su propio interés ó por la misma esfera ideal en que se mueven—que el comercio, la industria, el arte, la ciencia y la literatura. Y si de la prensa pudiera dudarse esto, porque á veces en ella han encontrado un gran impulsor las tendencias belicosas, no creo que, bien considerada la naturaleza del periodismo como medio de cultura, niegue nadie que su misión principal y propia está en abogar por el reinado del derecho y de la justicia en el mundo, y en ayudar á que se estrechen las distancias entre los pueblos que se conocen

mal ó viven alejados por causa de prejuicios históricos.

Ciertamente, de manera muy diversa ha de proceder en la obra que aquí se considera cada uno de los factores enumerados; pero á todos toca trabajar y por el concurso de todos ha de lograrse el éxito.

Concretaré, pues, en conclusiones los medios que, á mi juicio, debe aportar cada uno; no sin observar que, bien mirado el problema, quizá esta ponencia debía ser, más que la primera que se discutiese ó considerase en el Congreso, como un resumen ó condensación del trabajo que verificarán todas las secciones, puesto que, al fin y al cabo, con lo que cada una se propone estudiar y hacer, ó pedir que se haga, resultará un conjunto riquísimo de medios para formar esa opinión pública en que han de arraigar las determinaciones que ahora se tomen y germinar otras futuras, más ó menos previstas.

Y como realmente sería imposible que los abarcase y previese todos una potencia, y de intentarlo (con la seguridad de la imperfección) tendría que cosechar en campo ajeno, me limitaré á indicar aquellas medidas más generales que á mi juicio pueden servir al fin que se persigue, incluyendo en ellas—aunque sea repetir conceptos—algunas de las ya propuestas en la Memoria que, con varios compañeros de la Universidad ovetense, he tenido el honor de presentar al Congreso.

Bueno será advertir, por último, que si bien he considerado la cuestión, en primer término, desde el punto de vista de las relaciones de España con Portugal y las Repúblicas iberoamericanas, he aplicado luego especialmente todas las conclusiones á la formación de iguales corrientes de intimidad entre los varios Estados de la América latina; ya que, en rigor, no obstante su mayor proximidad relativa, hállanse todavía distanciados en no pocas cosas, faltos de instituciones verdaderamente comunes y aun de frecuente y amplia comunicación algunos de ellos, dando con esto posibilidad á conflictos y rivalidades que á todo trance es preciso hacer imposibles.

CONCLUSIONES

Primera. Organización, en todos los periódicos iberoamericanos, de una sección especial dedicada á dar cuenta de los hechos referentes á las relaciones entre los países convenidos y á sugerir ó propagar ideas encaminadas á ese fin, aumentando al efecto el servicio de información hasta darle importancia igual, ó muy próxima, á la que ahora tiene el dedicado á seguir el movimiento político en los principales países de Europa y América.

Segunda. Ampliación de las secciones referentes al movimiento literario, científico, industrial, etc., de cada país, dando cabida, en la proporción necesaria, á las noticias procedentes de los demás.

Tercera. Sin perjuicio de lo propuesto en las dos conclusiones anteriores, creación de un diario y de una revista científico-literaria, que sean como los órganos centrales de publicidad de las naciones hermanas, reuniendo en ellos las firmas de los principales escritores iberoamericanos.

Cuarta. Constitución, en Portugal y en las Repúblicas iberoamericanas, de Sociedades correspondientes de la iniciadora de este Congreso, ó con organización y programa análogos, para que impulsen, de acuerdo con los Casinos, Centros, etc., de las colonias española, portuguesa y americana, todo lo referente á la intimidad de relaciones entre los países aquí representados.

Quinta. Celebración, por iniciativa de esas Sociedades y sus filiales, de conferencias y mitins periódicos, para la propaganda de las mismas ideas, aspirando á que los partidos políticos las incluyan en su programa; ó á la formación de uno especial en cada país, ceñido á este sólo propósito internacional.

Sexta. Convocación periódica de un Congreso iberoamericano, cuyas sesiones se celebrarán cada vez en una nación distinta, turnando todas las adheridas al presente.

Séptima. Fundación de un Instituto pedagógico en el cual se eduquen maestros uniformemente preparados para la enseñanza de los españoles en ambos continentes.

Octava. Establecimiento de una enseñanza superior internacional iberoamericana, que permita la frecuente comunicación del personal docente de las naciones convenidas, sin afectar á la organización de las respectivas Universidades y Escuelas oficiales.

Para este efecto, pudiera servir de norma el Centro internacional de enseñanza de las ciencias sociales, recientemente proyectado en París.

Novena. Establecimiento de lecciones y cátedras de Historia y Geografía de Portugal y de América en las escuelas primarias é Institutos de España, siguiendo el ejemplo dado por el ministro de Instrucción pública al reorganizar el doctorado de los estudios históricos, y adición á las actuales materias de la Facultad de Derecho de una asignatura referente á las instituciones jurídicas, principalmente políticas, de Portugal y América.

Recíprocamente, creación en los diversos grados de la enseñanza pública portuguesa y americana, de estudios relativos á la Geografía, Historia é Instituciones actuales de España.

Décima. Organización del cambio permanente de publicaciones entre los centros docentes de las naciones congregadas, conforme lo ha solicitado de los de América la Universidad de Oviedo, en carta circular inserta en la *Gaceta* de 23 de Julio último.

Oncena. Concentración, en una ó varias Sociedades iberoamericanas, de la circulación y cambio de numerario entre los países convenidos, prescindiendo de la intervención extranjera en todo lo posible, y sobre la base de un desarrollo grande del comercio recíproco.

Duodécima. Aplicación especial de las conclusiones 1.^a, 2.^a, 4.^a, 5.^a, 8.^a, 10 y 11 á las Repúblicas iberoamericanas para fomentar la intimidad entre ellas; procurando, si fuera posible, la creación de un diario y una revista, comunes á todas, que coadyuven al mismo fin que los propuestos en la conclusión 3.^a

El programa del siglo XX

Hace ocho años calificué así, desde el punto de vista español, el conjunto de las conclusiones votadas en el Congreso Hispanoamericano de 1900. Pensaba yo entonces, y sigo pensando ahora, que la adopción de aquellas conclusiones no resolvía los mil problemas tocantes á las relaciones hispanoamericanas, sino que se limitaba á definir las y á señalar el camino para su resolución. El término feliz de un Congreso internacional no suele representar el término de una obra, sino el comienzo de ella. Á partir de ese momento es cuando las aspiraciones, ya determinadas y proclamadas, necesitan para su cumplimiento de mayor y más constante esfuerzo por parte de todos.

De aquí que yo calificase de *programa* las conclusiones de aquella Asamblea; y creo que no podrá tenerlo más elevado ni más henchido de consecuencias trascendentales para nosotros el siglo XX. Porque si bien se mira, no sólo encierra la transformación de las actuales relaciones entre los pueblos latinoamericanos y la patria de origen, sino que significa, en cada uno de los factores que se relacionan, la modificación de su vida actual, ó por lo menos, la reafirmación de principios ya proclamados y de direcciones emprendidas hacia los más amplios ideales de la civilización moderna.

En efecto, si se prescinde de alguna que otra conclusión (verbigracia, de la sección de Letras), el espíritu dominante en el programa es el espíritu liberal y progresivo,